



La Alegre Banda de Valderrobres

Un poco de historia sobre la Agrupación Musical del Matarraña

Aprovechando la circunstancia de que este año va a actuar a pleno la Banda de Música de Valderrobres, amenizando las fiestas patronales de agosto, en honor de Santa María la Mayor y San Roque, queremos recordar algunas de las vicisitudes que hemos pasado desde que se formó la Banda, junto a la satisfacción que este año sentimos aquellos que con ella iniciamos tiempos de ilusión y entusiasmo que, afortunadamente, permanecen en nosotros.

Corría el año 1939 cuando empezamos a reunirnos, para estudiar solfeo, en una pequeña casita, la de la tía Mariana y el tío Domingo. La casa estaba situada en la calle que sube a la Iglesia, al lado del callejón de casa Clemens. Nuestro maestro de solfeo se llamaba Bautista Berenguer, mas conocido como Carbonet, y era hombre muy bondadoso, muy paciente, de modo que a veces le tomábamos el pelo y él nos correspondía con bromas ingenuas. Fue tan aficionado a la música que no se contentaba con tocar diversos instrumentos, sino que ponía gran voluntad en la enseñanza y se consideraba feliz si sus alumnos le correspondían. Nos hacía los tonos con un fiscorno, es decir, una especie de trombón, que él tocaba con mucho dominio.

Dos años después, o sea, en 1941 habíamos aprendido los alumnos los cuatro libros de solfeo del maestro Eslava, pero no sabíamos coger aún un instrumento ni lo teníamos. Eran tiempos muy calamitosos, y el que más y el que menos llevaba una vida muy perra, y tenía las manos

cortadas por el frío y el trabajo rudo en el campo, así como los labios y la boca, de tanto comer farinetas y sémola, de aquella que molturaban en el molino de Marcobal. Eso sí, teníamos dentro una gran alegría y lo pasábamos bien con el Carbonet, porque además íbamos siempre con aquella ilusión de la música y algunas veces soñábamos perteneciendo a la Banda que algún tiempo más tarde se formó por la circunstancia que voy a explicar.

Carbonet viaja a Barcelona para comprar los instrumentos

Por aquel entonces era Alcalde de Valderrobres, don Luis Celma, hombre muy cabal y justo, que participaba también de los entusiasmos de nuestro director. Ambos soñaban con que Valderrobres tuviera un día su propia Banda de Música. La ocasión se presentó por puro accidente, como suelen ocurrir estas cosas. Resulta que para aquel año estaba contratada la Banda del Comandante Poblador de Zaragoza, pero el día 27 de abril llamó el Alcalde a Carbonet al Ayuntamiento para comunicarle que la Banda Militar no amenizaría las fiestas y, por tanto, tenía que disponer lo necesario para la actuación de nuestra propia Banda.

—Puñeta —dijo Carbonet—. ¡Si todavía no tenemos las gaitas!

—Eso, a mí, no me importa nada —le contestó el Alcalde—. Toma estos cuatro cuartos y lo demás lo ponéis tú y tus alumnos.

Nuestro maestro bajó del Ayuntamiento muy sofocado, pero se quitó aquella gran boina capacera que siempre llevaba en la cabeza y pasó colecta, recaudando otros cuatro cuartos. Al día siguiente cambió la boina por una gorra, se vistió de fiesta y con las perras metidas en la faja negra que entonces llevaban alrededor de la cintura, se marchó a Barcelona, hospedándose en casa de su amigo Inocencio, más conocido como el del Mas del Ros. Como habían sido amigos de mozos en el pueblo, recordaron sus buenos tiempos y en tanto visitaban las casas comerciales, se corrieron alguna que otra juerguecita en la ciudad.

Por fin llegaron los instrumentos al pueblo. Venían en el viejo Hispano del tío Garvi y los discípulos de Carbonet esperábamos la llegada de éste cargado de paquetes. El jolgorio que se armó aquella tarde en la plaza y en el pueblo entero fue memorable, y la gente quería saber si se habían comprado todos los instrumentos y cómo eran. Recuerdo que Antoniet, que era el más joven de todos, les decía a las mujeres:

—Sí, señora, sí, ya hemos feriao la música —este un chico majo, con un deje especial—. Me ha dicho el tío Carbonet que como yo soy el más menudo de todos, pues que la gaita más corta es la mía.

Y el muchacho les mostraba el Requinto que, después, haría sonar con primor. Tres meses después de este acontecimiento, el día 14 de agosto, salía por primera vez a la calle la flamante Banda de Música de Valderrobres, cada cual con su instrumento y su gran entusiasmo. Lo primero que hicimos fue visitar la iglesia para agradecerle a Santa María y a San Roque aquella gracia y para rogarle a Mosen Francisco que nos confesara a todos juntos por algunos pecadillos que teníamos, algún juramento y cosas así.

La alegría del pueblo fue extraordinaria aquel año

Tocamos una diana floreada el día 15 y la alegría se apoderó de Valderrobres. Las mozas salían a las puertas o se asomaban a sus ventanas y los mozos nos vitoreaban. Desfilamos por las calles llenos de satisfacción y los ojos húmedos. El tío Carbonet iba que no cabía en su traje.

Algunas mujeres nos esperaban en las puertas de las casas con la botella de vino, y nueces y pastas, y todas se chancaban del buen sonido que daban las gaitas, por lo que los chascarrillos abundaban en las conversaciones. En la plaza, aquella misma tarde, se organizó un baile público muy concurrido, pero como sólo sabíamos tocar una jota, un vals, un pasodoble y una mazurca, pues dale que te pego toda la tarde a estas cuatro piezas y la gente tan feliz. Inauguraron el baile de la tarde dos personajes célebres en Valderrobres, por lo pintorescos y alegres que eran ambos. Me refiero al tío Toseta y a la tía Cotorra.

A partir de entonces, la Banda progresó y tuvo gran éxito en los pueblos de la comarca, donde fuimos contratados. Anduvimos de Rafales a Monroyo, de aquí a la Portellada, por Fórnoles y por Tronchón, y como sólo teníamos para ir de un sitio a otro dos burros de carga, una mula, dos yeguas y un macho entero, es decir, sin castrar, pues solíamos poner unas banastas aun lado y otro del mulo y en ellas metíamos a los más pequeños de la Banda, o sea, al Catarret, al Antoniet y al Fontcuberta. Cuando el Franquet y el Jaime de la Tía Blasa se cargaban con el aguardiente, los subíamos también a la grupa de las caballerías y así andábamos como una pandilla de gitanos por los pueblos.

—Ya llegaron Carbonet y sus muchachos —decían, gritaban los chiquillos por las calles—, y el Alguacil salía a esperar-

nos. Las mujeres rivalizaban para atendernos y acomodarnos en sus casas, sobre todo aquellas que tenían hijas de nuestra edad, pues las fiestas eran alegría sana y las chicas esperaban con ilusión a los músicos. Nos hacían alguna que otra perreía, pero eran bromas graciosas, ingenuas y colectivas, de modo que cuando nos ataron el travesaño de la cama con rafia, fuimos a parar al suelo mis compañeros Franses, Carrasco y yo, mientras la Juanita, la Victori y la Jacinta de Rafaes gozaban sembrándonos la cama de sal o haciéndonos la petaca. Luego, nosotros, corriamos tras ellas y todo era una diversión general.

El pasodoble de Manolete en la Iglesia

Un día, en la Portellada, interpretamos la Misa de Pío 10, muy finamente, pues la teníamos bien ensayada y a Carbonet le gustaba mucho la música sacra. Pero cuando terminó la Misa nos pusimos a tocar como locos el pasodoble de Manolete, con un brío tal que el cura salió de la sacristía con los brazos en alto, la sotana remangada aún hasta la rodilla, y gritando como un desesperado.

—Burros, más que burros. ¿Créis que estáis en la Monumental de Barcelona?

En vista del éxito que había tenido el pasodoble, con el que sorprendíamos siempre a todos, porque el personaje era muy famoso, Carbonet optó por terminar

la pieza, ordenándole a Campanals que diera un gran bombazo, lo que hizo a contratiempo.

Muchas anécdotas podría contaros de aquellos años que se fueron.

Por eso queremos, ahora, reconstruir un poco entre todas aquellas ilusiones y ya que todos los participantes —algunos murieron ya— somos padres de familia y hasta abuelos, pedimos al pueblo de Valderrobres que sepa perdonar nuestros fallos, pues la voluntad es lo que nos mueve y con ella vamos a intentar que nuestro pueblo sea más feliz estos días patronales. La Agrupación Musical del Matarraña va a estar estos días en nuestras calles, en nuestra Iglesia, en la plaza pública, en el sentir de todos, escoltada por las Madriñas de Honor y las Peñas juveniles.

Si todos nosotros aportamos nuestros granito de arena, en una palabra, si cada uno de nosotros responde con su ayuda al esfuerzo que están realizando los diez y seis hombres encargados de programar y realizar las fiestas, éstas serán de un esplendor extraordinario, y tanto la vaquilla como los bailes y las danzas tendrán el atractivo que todos queremos.

La Agrupación Musical del
Matarraña.

Jaime Mindó

